

Diez observaciones sobre la revolución boliviana

G U I L L E R M O A L M E Y R A *

RESUMEN: Oponiéndose a toda reducción de la historia a destino, este ensayo, que coloca como su plataforma toda una concepción de la acción social y de la mundialización, demuestra que la revolución boliviana constituye un complejísimo proceso en curso respecto del cual no cabe augurar un futuro ineluctable en ningún sentido –como triunfo o fracaso seguros e irreversibles– y que, más bien, exige reconocer las encrucijadas que determinan sus potencialidades y límites para asumir sus retos como compromisos colectivos en la construcción de un futuro mejor. En este sentido, este ensayo ofrece una evaluación histórico-estratégica con importantes formulaciones para el análisis de los movimientos sociales no sólo en Bolivia, sino en toda América Latina.

1

Lo primero de todo es ver el proceso boliviano como algo no acabado, en curso, en permanente transformación. Por consiguiente, sólo es posible estudiar, cuando mucho, las tendencias que parecen desprenderse de los cambios en las relaciones de fuerza entre las clases fundamentales y entre los diversos sectores y subsectores de las mismas, lo que incluye, entre los integrantes de la marea humana que votó por Evo Morales y el Movimiento al Socialismo (MAS), por un lado, y el mismo Evo y los diferentes sectores que componen el MAS, por otro.

Por supuesto, hay que evitar las previsiones y condenas por anticipado por la “segura” “traición” del MAS como las de James Petras¹ –que le han granjeado ya a este autor un mar de críticas y de respuestas aplastantes–, e igualmente la actitud superficial e impresionista de quien cree que con el gobierno de Evo Morales ya está todo definido y resuelto, de modo que, Bolivia se encamina así, directamente, al socialismo andino, y no al “capitalismo andino” que propone el MAS.

* Profesor-investigador de la UAM-Xochimilco, profesor de la UNAM. Ha sido miembro de la UNESCO y del equipo editorial de *La Jornada*. Autor de múltiples libros y cientos de ensayos sobre historia socio-económica y política internacional. Sin duda, uno de los historiadores más cultos de América Latina.

¹ No esperó ni una semana para ver cuáles serían las primeras medidas y orientaciones del gobierno de Evo Morales para decretarlo neoliberal y traidor (adjudicándole promesas que aquél jamás había hecho).

Tampoco hay que olvidar en ningún momento que la parte fundamental del capitalismo, en Bolivia, está representada por el capital extranjero y, que la actitud de éste, en particular el imperialismo estadounidense, podría radicalizar aún más el proceso y al propio Evo Morales o, por el contrario, obligarle a zigzagues posteriores imprevisibles.

Por último, hay que tener en cuenta que el gobierno boliviano actual es provisorio, ya que la Asamblea Constituyente, dentro de cinco meses, podría redefinir toda la estructura política del país y la relación de fuerzas entre los actores principales, incluso las funciones presidenciales.

En otras palabras, Bolivia no está en un período de decantación política sino que prosigue y proseguirá en los próximos meses la ebullición y el reposicionamiento de todos (clases, sectores, individuos), en medio de presiones de múltiples tipos y de un curso a primera vista caótico pero que tiene una lógica profunda: la de una revolución social serpenteante, “*strisciante*” o “*rampante*” dirían los italianos.

2

Las revoluciones tienen como característica principal la participación decidida de las grandes mayorías, que quieren con ellas asumir la construcción de su propio destino. No la existencia previa de una claridad programática sobre el curso y el desenlace de las mismas, ni tampoco la de una dirección omnisapiente, firme y coherente de un partido “de vanguardia”. En las revoluciones es determinante la historia de cada país y de quienes las hacen y su conciencia profunda, creada por esa historia, que corresponde a la densidad político-cultural local. Cada una de ellas, por consiguiente, es única y se caracteriza por una combinación de rasgos particulares. Eso es lo que lleva a la selección de sus dirigentes. Es la revolución quien los hace tales. No son ellos quienes crean el proceso revolucionario aunque, en determinados

² Es absurdo y despectivo el deseo de Negri, Virno y otros de encajar dentro del concepto amorfo de “multitud” la lucha claramente clasista, sin comparación con la de cualquier otro país, de los trabajadores bolivianos (sean desocupados, subempleados, vendedores ambulantes, obreros o cuentapropistas, siendo subsumidos por el capital, todos ellos rebelados por eso contra éste).

³ Al extremo que el último paro general decretado por la COB y no acatado por nadie en la vorágine electoral que llevó al gobierno a Evo Morales, ni siquiera ha sido levantado. La posición del secretario general de la COB, el muy poco claro Solares, de “cercar” al nuevo gobierno (y no a la derecha, para defenderlo) es por consiguiente retórica, infantil e inoperante.

momentos críticos, su acción, su visión y su capacidad puedan tener en el mismo y en su desenlace una influencia decisiva.

Ahora bien, no hay en ninguna revolución una “vanguardia” estable. Por el contrario, en cada fase del proceso hay sucesivas recomposiciones de los sectores que tienen mayor claridad y decisión. Además, no hay un sólo desenlace, ya que, en la lucha se barajan y deciden diversas opciones, que son todas posibles hasta que triunfa una, que no por fuerza es la más lógica. Por eso la actitud de los extremistas infantiles que quieren juzgar la profundidad y el curso de las revoluciones según el cartabón de la experiencia rusa de 1917 y que esperan ver Kerenski, febreros y octubres de 1917 a cada rato, no sólo es antihistórica sino que, además, es ridícula.

La revolución boliviana podrá pasar por muchas vicisitudes, avances y retrocesos y podrá tener diversos centros alternativos de impulso. Pero ha alcanzado ya un nivel que posibilita nuevos avances porque, debajo de su curso peculiar aparentemente caótico, tiene como base una profunda madurez y unidad de los oprimidos.

3

Bolivia es un país en el que las masas tienen gran unidad y preparación política, ya que, provienen de estructuras comunitarias que aún subsisten y de terribles experiencias históricas. Es un país de mayorías rurales pero que está fuertemente influenciado por medio siglo de luchas obreras heroicas, por los métodos, la ideología, la cultura y los cuadros del movimiento proletario, sobre todo minero. La revolución actual habría sido imposible sin ese pasado, el cual está presente en cada acción y en la elección del sindicato (o, mejor dicho, de la organización que, además de intereses gremiales y corporativos, lucha por objetivos políticos generales) como instrumento de la construcción de ciudadanía y herramienta para la construcción del país.²

La policía estatal corrupta o represiva, por ejemplo, es reemplazada de inmediato por una “policía sindical” sometida a decisiones assemblearias y todos los sectores de los trabajadores (en la acepción más amplia de la palabra) del país, se organizan en sindicatos, federaciones y centrales departamentales. El terrible debilitamiento de los sindicatos mineros y de los sindicatos obreros en general ha dejado de la Central Obrera Boliviana, COB sólo el sello, un cascarón,³ pero no ha reducido la importancia de la historia obrera en la conciencia política colectiva. La citada historia, dicho sea de paso, conjuga el anarcosindicalismo de los orígenes con una educación general en la visión de clase contra el radicalismo trotskista y con una muy fuerte influencia nacionalista antiimperialista, en su versión plebeya (no en la del llamado

Movimiento Nacionalista Revolucionario, que se adueñó de la revolución de abril de 1952, reconstruyó el ejército y el Estado capitalistas y trató de acabar con los restos de aquella).

Como las revoluciones, antes que nada, se caracterizan por un brusco salto en la visión de sí mismos que tienen sus protagonistas, o sea, por un cambio importante en su subjetividad, el componente histórico-cultural es el material cambiante de ese salto y permite a todos reconstruir un pasado en función de las necesidades del presente y apoyarse en ese pasado para luchar por el futuro. En Bolivia, quienes se inclinan sobre su historia y su sociedad, realizarán futuros aportes teóricos para la comprensión de las sociedades latinoamericanas y, en general, de la inmensa mayoría de los países que, con una base rural y largas tradiciones, deben superar al capitalismo en el cual están inmersos.

4

El Movimiento al Socialismo no es un partido ni es socialista. Surgió de la transformación del Instrumento Político creado por los cocaleros y los campesinos para encarar la lucha institucional, que es uno de los terrenos –y no el más adecuado para los trabajadores– en que se libra la lucha entre las clases, combinando la acción directa (huelgas, marchas, pobladas manifestaciones) con la acción parlamentaria (municipal y federal). El MAS es un conjunto de sindicatos obreros y campesinos, Federaciones, organizaciones sociales, a las cuales se agregan ex comunistas, ex trotskistas, ex maoístas, nacionalistas y un conjunto de personalidades de izquierda. No tiene un “alma” única y, en cada ciudad o departamento, tiene una composición diferente (en la proporción local de los diversos “ingredientes” organizativos y culturales). El MAS es, en cierta medida, una creación de Evo Morales, pero no es su instrumento fiel. Contrariamente a lo que dicen irresponsablemente los extremistas infantiles, bolivianos o no, el MAS no está formado principalmente por los oportunistas de todo tipo, los *m’isti*, la pequeñoburguesía arribista.⁴ Sin duda, éstos están también allí, como en los otros partidos bolivianos, incluso de la ultraizquierda, pero concentra la mayoría de los luchadores sociales y canaliza la izquierda social del país y la “vanguardia”, no son los confusos y aislados militantes étnicos aymaras que siguen a Felipe Quispe, ni los ultraizquierdistas, semitrotskistas o no, de la izquierda clásica. Si no fuese así ¿cómo habría podido lograr el MAS casi el 54 por ciento de los votos contando sólo con *m’isti* y con oportunistas? El MAS es como la revolución boliviana, un caos cambiante, que arroja fuera a algunos e incorpora a otros, para bien y para mal. A mediados del 2005, contaba con el

18 por ciento de los votos y hoy prepara un triunfo aún mayor en la Asamblea Constituyente y se transforma en ese proceso, del cual no es “la dirección” en el sentido clásico. La renuncia de Evo Morales, por razones institucionales y legales, a la presidencia tanto del MAS como de los sindicatos cocaleros del Chapare, demostrará ulteriormente que el MAS y los sindicatos cocaleros, como hemos dicho, no son un instrumento personal del nuevo presidente y tienen, en cambio, vida propia pues precisamente su carácter multiforme da cabida a quienes se agregan al proceso revolucionario uniéndolo con sus reivindicaciones sectoriales.

El MAS, por lo tanto, es un partido-movimiento con aspiraciones socialistas en una reducida franja de sus integrantes y con una ideología claramente nacionalista revolucionaria en el caso de la mayoría de los mismos. La revolución boliviana no se explica por el MAS: por el contrario, éste se explica por el caótico proceso que adoptó la revolución boliviana (que, probablemente, volveremos a ver en otros procesos revolucionarios de este siglo en el que el socialismo construye sus bases sin socialistas y por la vía de la práctica, que llevará a las ideas, y no de la preexistencia de éstas).

De este modo, una revolución que es impulsada por un proceso de organización y, al mismo tiempo, desarrolla su toma de conciencia en la lucha y no por un partido, plantea si es posible avanzar al socialismo desde la lucha antiimperialista, antiapartheid, democrática, formando una nueva subjetividad en el combate mismo. Y si es posible el socialismo sin obreros y sin socialistas.

En primer lugar, la propia mundialización dirigida por el capital financiero ha elevado el nivel de cultura y de preparación de vastos sectores de la población. A la vieja élite india integrada con la Conquista y que subsistió en parte durante la Colonia y la Independencia se une ahora una nueva capa de cuadros indígenas formados, como en otros países latinoamericanos, en los seminarios, en los sindicatos, en las universidades y la emigración. La nueva élite india se está abriendo paso hace años⁵ y ahora ha irrumpido en la escena política. Es una élite muy ligada a su pueblo, no asimilada aún entre otras cosas por los prejuicios raciales de las clases dominantes.

Pero lo esencial es que el capitalismo es un sistema mundial, no un conjunto de espacios nacionales. La madurez para el socialismo –o sea, otra forma de ver la crisis del capitalismo mundializado– se da, por lo tanto, a nivel global,

⁴ Ver el artículo de Oscar Olivera, “Elecciones y poder popular en Bolivia” publicado en *La Jornada* del 2 de enero del 2006, pág. 39.

⁵ Víctor Hugo Cárdenas, también indígena, fue vicepresidente en el gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada.

no de cada país, como presuponen quienes adoptan la idea del socialismo en un solo país, propia de la socialdemocracia y del stalinismo.

Bolivia es muy pobre y carece de un desarrollo industrial y, por consiguiente, de obreros. Pero una lucha que lleve a un camino socialista en Bolivia podría tener un gran eco regional y mundial si el actual nivel de conciencia nacionalista, democrático, antiapartheid se elevase en la puja por responder a los desafíos de la reconstrucción del país liberándolo de la opresión imperialista y del peso de las transnacionales y del latifundio tradicional o sojero.

Buena parte de los trabajadores bolivianos están en la Argentina, en Sao Paulo o en Chile, también están la industria como obreros que podrían compensar la insuficiencia del desarrollo boliviano si una política socialista despertase fuerzas y solidaridades. El partido-instrumento por venir en reemplazo del MAS podría surgir de la organización de esas tareas, de las respuestas a esos desafíos. No hay que perder de vista que en todas las revoluciones de la historia mundial han surgido direcciones *ad hoc*.

5

La revolución boliviana nació del hartazgo ante la explotación y la injusticia, de la memoria que indicaba que se podían recuperar los recursos naturales para el desarrollo nacional. De un nacionalismo unido al sentimiento clasista y al odio al racismo antiindígena (no a un mero sentimiento étnico indio, porque el odio a los *k'ara* o blancos es en realidad el odio al racismo que reforzó siempre en Bolivia la explotación clasista). En Cochabamba estalló la guerra del agua, apoyándose en la economía moral según la cual ese recurso natural ha sido siempre y es de todos. Allí y en la ciudad del Alto, se expulsó a las transnacionales del agua más poderosas, las mismas que echaron también de la provincia de Santa Fe, en Argentina, y que se quiere expulsar de Buenos Aires. Después vino la guerra del gas, cuando el presidente Gonzalo "Goni" Sánchez de Lozada, educado en Estados Unidos, quiso enviar a ese país, a precio regalado y pasando por Chile, el gas boliviano, único recurso del que depende el Estado para obtener divisas. El ejército no pudo sostener la represión sangrienta que desencadenó, porque empezó a disolverse bajo la presión popular y el sentimiento nacionalista. El siguiente presidente, Carlos Mesa, también fue derribado y el país debió ir a las elecciones y a la preparación de una Asamblea Constituyente. En las primeras, triunfó el MAS con una mayoría aplastante que nadie esperaba, pues todos suponían que debería ir a una segunda vuelta o ballottage.

La revolución, en las carreteras y los cortes de ruta, en los enfrentamientos, en las huelgas y bloqueos, en las

manifestaciones, decidió así no sólo la suerte de las elecciones sino también la magnitud del triunfo. Fue un sólo y mismo proceso, en dos fases, la del movimiento y la de las elecciones, para completar y legalizar aquél. El eje de la revolución fue la reconquista de los recursos naturales, su recuperación por el Estado. Además, también lo fue la democracia, la igualdad social por sobre las diferencias étnicas, la solidaridad y fraternidad, la necesidad de construir la democracia sobre bases sociales. No fue una revolución de los indios como tales: si llevó un indio a la presidencia y otros indios al gobierno fue porque impuso la democracia con mucha mayor profundidad que en 1952, completando la obra de esa revolución interrumpida y jamás olvidada. Por eso el partido Pachacutik de Felipe Quispe y el indianismo de éste quedaron aislados en un país de indígenas y cholos que quieren ser iguales y ciudadanos, no separarse.

La base organizativa de la tenacidad y la resistencia es justo lo que permite ahora dejar ésta y pasar a la ofensiva, fueron los puntos de apoyo en los ayllu aymaras, muy deteriorados pero aún subsistentes, y en los sindicatos y organizaciones sociales de todo tipo en los que participaban por igual hombres y mujeres aunque, como en todo el mundo indígena latinoamericano, los hombres ocupen el primer plano de la escena en la hora de recoger el triunfo que fue obra de todos y todas.

A diferencia de lo que sucede en Argentina, Brasil, Uruguay y Venezuela, donde el gobierno no se basa sólo en una mayoría que debe apoyarlo porque no tiene una expresión independiente, en Bolivia, en cambio, el gobierno es resultado de una revolución que lo impulsa y lo controla por medio de las innumerables organizaciones, a veces burocratizadas o que padecen caudillos pero con una muy estrecha relación de dependencia de sus bases. Porque los "dirigentes" (en realidad, expresiones o referentes) de la revolución son un reflejo del nivel de ésta, que es y será cambiante, es que a veces son freno, otras estímulo, pero siempre en relación con sus "bases", que son y no son tales, porque apoyan pero no están ciegos ni son fideístas.

Contrariamente a lo que piensan los dogmáticos, no hay murallas chinas entre las reformas y la revolución, ni la vía institucional y electoral es, siempre y en todas partes, un camino falso y traicionero. Además, sólo en la acción y con el triunfo, es posible, a la vez, ganarle terreno al capitalismo, ahora y ahí en la defensiva, y controlar y desplazar las alas conservadoras y burocráticas que todo gran movimiento de masas siempre tiene. Los procesos no nacen puros, sino conservando rasgos del pasado: pero lo importante es su dinámica, la comprensión de sus protagonistas, su nivel de decisión.

El nivel de conciencia de las masas y de los miembros del MAS y del gobierno no es socialista sino nacionalista revolucionario indigenista. Tampoco está en marcha una revolución agraria, aunque Evo Morales haya dicho que en Bolivia hay que ser vaca para tener 50 hectáreas. Su base de apoyo cochabambina y cocalera está compuesta por campesinos pequeños propietarios, no por jornaleros agrícolas o campesinos sin tierra hambrientos de tierras. En el MAS, el movimiento de los Sin Tierra es muy débil y no tiene comparación con el de Brasil. Morales jamás prometió otra tierra que la actualmente improductiva y, además, impulsado por Hugo Chávez (con el apoyo de los gobiernos de Argentina y de Brasil) busca una salida económica exportando soja y azúcar a Libia y China. O sea, mediante un acuerdo con los terratenientes sojeros de Santa Cruz, que como tales se oponen al ALCA, pero quieren una agricultura extensiva sin cultivadores y con transgénicos (y, por lo tanto, están en contradicción con los pequeños campesinos orientales, que buscan desarrollar la agricultura familiar y necesitan tierra).

En el problema del MERCOSUR y de la oposición al ALCA el gobierno de Morales se encuentra en alianza con los grandes capitalistas sojeros cruceños (y argentinos y brasileños), mientras que los obreros textiles del Alto y de La Paz, junto con sus patrones,⁶ exigen en cambio un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, al igual que una parte de los pequeños comerciantes que votaron por el MAS. Esa es una contradicción aún no definida.

Evo Morales, para mantener su gobierno y desarrollar al país, necesita divisas extranjeras. Por eso, quiere ganar tiempo dando al gobierno el control del gas y del petróleo pero sin estatizar esos recursos en lo inmediato (entre otras cosas para no chocar con el gobierno brasileño) y busca una solución técnica en la ayuda venezolana. También, por eso, dará un carácter político a la venta del gas a Argentina, para no perder el apoyo de Buenos Aires, sin llegar a triplicar el precio del metro cúbico, como anunciara en un primer momento el vicepresidente García Linera. Por eso, incluso, hará la licitación sobre el gran yacimiento de hierro y de manganeso del Mutún, aunque probablemente después de modificar la ley de Minería. El de Evo Morales es un gobierno nacionalista antiimperialista pragmático,⁷ no un gobierno obrero y campesino. Y su margen de maniobra depende de la presión popular (o de la no agresión externa, que lo radicalizaría).

En el momento de escribir estas líneas (5 de febrero del 2006) han pasado apenas dos semanas desde la asunción del gobierno por Evo Morales y su equipo.

Consciente de la importancia de los símbolos en la construcción del imaginario popular no ha pasado día sin que Evo Morales ofrezca un nuevo símbolo. Antes que como gobernante de la República criolla, juró en Tiawuanaku, con los pies descalzos para sentir directamente el mandato de la madre tierra, la Pachamama, y vestido con los ropajes sacros del Tihuantisuyo, bendecido además por los amautas (sabios) y los sacerdotes de todos los pueblos indígenas bolivianos y latinoamericanos. Recuperó para todos la dignidad de ser indígenas y fue legitimado por las autoridades comunitarias ante las cuales juró en su lengua. Después, en el Parlamento, juró puño en alto y por sus ideas (no por Dios ni por la Patria) e impuso a todos los mandatarios presentes un minuto de silencio por los indígenas que combatieron contra la Colonia, pero también por el Che Guevara y por los caídos en el combate social de los años recientes. En nombre de la historia recordó –presente el heredero de los Borbones– que a los primeros indígenas que aprendieron a leer y escribir les quitaban los ojos y les cortaban las manos, que la República criolla perpetuó el racismo y sus gobernantes ligaron el país al imperialismo. Además, habló en quechua y en aymara, para resaltar el carácter plurinacional del país y dar igual dignidad a sus lenguas principales incluso en el Parlamento, hasta entonces reducto criollo. Hizo saltar a 28 generales de alta graduación, desmantelando el alto mando de las fuerzas armadas y subordinándolas simbólicamente al poder civil, y nombró a una mujer ministra de Gobernación, a cargo de la policía y de la Seguridad Nacional, y a otra, trabajadora del servicio doméstico durante 14 años, ministra de Justicia. Puso como ministro de Educación a un maestro que ha obligado a todos los colegios de la élite a enseñar

⁶ El 23 de octubre del 2005 los obreros y los patronos textiles hicieron una marcha desde el Alto hasta la embajada de Estados Unidos en La Paz exigiendo el TLC que, según ellos, les daría más trabajo. Los infantiles, que ven todo en blanco y negro y oponen la «combativa ciudad del Alto» al MAS, harían bien en estudiar estas contradicciones en el sector popular.

⁷ ¿Acaso Lázaro Cárdenas no dejó intactas las haciendas henequeneras, para obtener divisas exportando, y no protegió por las mismas razones a las ganaderas, mientras estatizaba el petróleo y la energía?

quechua y aymara y, como ministro de Relaciones Exteriores, a un indígena, mientras su embajador en Washington, conocido defensor de los derechos humanos, tiene como misión principal obtener la extradición de Sánchez de Lozada, acusado de genocidio y protegido por Estados Unidos. Responsable de la represión al narcotráfico nombró a un coccalero y ministro del Trabajo a un obrero fabril. Rebajó el salario del presidente y de los diputados en un 57 por ciento (Evo Morales gana hoy menos de dos mil dólares mensuales) y vive en la residencia presidencial con el vicepresidente y los presidentes de las Cámaras, para trabajar todo el día (su jornada comienza a las cinco, como los campesinos).

Todo esto podría parecer folclórico, pero no lo es en un país donde más del 60% de la población es indígena, donde más del 80% es pobrísimos y donde hay sectores que viven, en Potosí, con menos de siete dólares mensuales. Además, la decisión de erradicar el analfabetismo en tres meses, con ayuda cubana, y de mejorar el nivel de vida, no sólo legitima al gobierno del MAS, también le da un trampolín inigualable para vencer en las elecciones para la Constituyente.

8

Aún no está clara cuál será la forma de elección para la Asamblea Constituyente (si mediante diputados elegidos por voto directo y por distrito electoral o si, además, con representaciones sociales, regionales o étnicas complementarias), ni tampoco cuál será su agenda. Es evidente, sin embargo, que habrá que discutir el tipo de Estado que surgirá de la misma y si elementos de autogestión y de autonomía completarán un Estado con cierto grado de federalismo y descentralización. También la propiedad de los recursos naturales, los límites para la propiedad agraria productiva, las atribuciones de los prefectos (gobernadores) y del Poder Ejecutivo nacional, la política cultural de un país multiétnico y otros temas igualmente importantes. Hay muy poco tiempo para discutir a fondo estos problemas y es probable que la Asamblea en parte se convierta en un referéndum ratificatorio, si posible con una mayoría aún mayor, del resultado de las elecciones, dejando para las negociaciones posteriores los problemas más espinosos.

Sin embargo se abre un período que, potencialmente, podría ser particularmente rico desde el punto de vista del pensamiento político latinoamericano y no sólo boliviano, ya que, implica la discusión de la autonomía y de la autogestión a partir no sólo del ayllu y de las formas arcaicas sino también de las modernas, resultantes de la creación de las bases de un Estado popular, como las Juntas de Buen Gobierno zapatistas mexicanas.

Esta discusión podría rediseñar las fuerzas internas en el gobierno, en el MAS, en las tendencias y grupos opositores de izquierda e incluso profundizar las diferencias en los sectores de la derecha boliviana (entre ganaderos y sojeros cruceños, por ejemplo). Es, por lo tanto, vital la participación masiva de los que cambiaron Bolivia derribando dos presidentes y con una votación sin precedentes históricos por el actual presidente indio. No se trata de una elección más, sino de una discusión refundadora que diseñe un proyecto de país favorable a los que, en el momento actual, aún no son nada aunque comiencen a abrirse paso.

9

La teoría oficial del MAS sobre la necesidad de construir un capitalismo andino (y no de superar el capitalismo) es, antes que nada, utópica. Se basa en la idea que concibe a los países como si estuviesen aislados y fuesen piezas independientes de un gran rompecabezas mundial y se basa también en su corolario igualmente falso, la posibilidad de construir una experiencia, socialista o capitalista, en un solo país. El capitalismo, hay que repetirlo, es un sistema mundial. Y está dirigido por los monopolios y el capital financiero internacional, o sea por fuerzas infinitamente superiores a las de la débil economía boliviana. Un supuesto “capitalismo andino” no tiene ninguna posibilidad real de competencia porque dependería de los insumos importados y de las exportaciones de materias primas, cuyos precios son fijados por las transnacionales en condiciones monopolistas o de oligopolio. Ni la autarquía ni la intervención estatal pueden abrir una vía que permitan escapar a la ley del valor y a la sumisión de las mercancías que produce Bolivia a los diktats del mercado mundial. Es cierto que la economía familiar y los restos del ayllu podrían modificar hacia abajo los costos salariales e impulsar hacia arriba los consumos, pero el mercado interno no podría ampliarse lo suficiente como para acabar con la miseria y los capitales extranjeros, por otra parte, no tienen interés en ese mercado interno sino en la explotación de los recursos naturales, sobre todo los energéticos. Bolivia seguiría siendo, así, un país con economía de enclave (un polo moderno con muy poca mano de obra y una economía prácticamente de subsistencia en el resto de los sectores, que seguirían dependiendo de la exportación de mano de obra barata para obtener remesas desde Argentina o España).

Para su desarrollo, por consiguiente, Bolivia no tiene otro camino realista que la estatización de sus recursos en agua, petróleo y gas —es decir, quitarles el negocio a las transnacionales— para participar directamente en el mercado mundial de materias primas y dedicar las

ganancias y ahorros al mercado interno, por un lado, y salir de la economía familiar, de esas millones de pequeñas “islas” miserables, para planificar los recursos y las necesidades y reconstruir el territorio mediante la autonomía y la autogestión para elevar la bajísima productividad actual incluso mediante la cooperación simple. Además, podría ser sumamente fructífera una integración en la economía regional, con sus vecinos del Mercosur, si la misma se realizase sobre bases equitativas y no en favor de las grandes empresas transnacionales presentes en ellos o de los grandes capitales nacionales de los mismos. O sea, si la presión de la movilización boliviana impusiera, movilizando solidaridades, actitudes políticas y no sólo comerciales a los gobiernos argentino y brasileño, que se rigen por criterios capitalistas estrechos, como lo demuestra su disputa y la cuestión de las papeleras uruguayas, para las cuales no ofrecieron alternativas. La solución a los problemas bolivianos no reside en una alquimia económica, es política y social y, como en todo período revolucionario, exige audacia, experimentación, junto con la movilización social.

10

La revolución boliviana en curso tiene también como motores la rebelión de los indígenas ecuatorianos que, desde 1990, han derribado tres presidentes y la de los indígenas chiapanecos, alzados en armas en 1994 con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional “para no morir de diarrea”. La fuerza de esos movimientos no fue ni es militar y ellos no derrotan al Estado con las armas sino con la movilización política y el apoyo de los oprimidos y explotados de sus países respectivos y de todo el mundo. Por eso, el zapatismo está presente en la dinámica y la política de la revolución boliviana. Ya no hay más procesos “internos” separados de los “internacionales”, si es que antes hubo esa distinción desmentida por la revolución cubana o la guerra de Vietnam. Los pueblos se comunican de modo directo independientemente de sus direcciones. Por eso, a pesar de las peculiaridades de cada proceso revolucionario, es posible estudiar las revoluciones fuera del país donde uno lucha y extraer de ellas conclusiones fundamentales. No se puede decir, como *Marcos*, “no debemos mirar a Bolivia ni a Sudamérica” sin enterrarse en el provincialismo y en la pobreza cultural ni reforzar la xenofobia, que es una de las armas en la panoplia de la dominación capitalista. No es válido ver los procesos revolucionarios en competencia entre sí porque parecerían confirmar la validez de un camino (la fusión de los movimientos con la acción institucional, en las elecciones y en la Constituyente) que aparentemente es el opuesto al que se propone. Se le quita así fuerza a la construcción de nueva subjetividad en México, debilitando la propia lucha zapatista, y se le retacea también la necesaria solidaridad activa a la revolución boliviana, dificultándola. Somos todos bolivianos como somos todos zapatistas. Más que nunca es necesario ver la interrelación que existe entre los diferentes procesos de liberación política y social, para apoyarse en ellos. La liberación de Irak debe ser apoyada, aunque critiquemos los métodos terroristas de una franja desesperada de combatientes y su recurso a métodos religiosos ajenos a nuestra cultura. No se puede negar tampoco apoyo a un gobierno revolucionario porque el mismo surgió de un apoyo masivo en las urnas, y anunciar desde ya su fracaso en lugar de ayudarlo a superar sus contradicciones impulsando a los oprimidos bolivianos, que son quienes le marcarán su rumbo y controlarán. La competencia y la visión estrecha del localismo deben ser erradicadas, tal como en Bolivia los mallkus aymaras no escucharon las prédicas divisionistas de un Felipe Quispe que no supo comprender cuál era la voluntad de los indígenas bolivianos. La revolución en Bolivia reclama hoy un salto en la comprensión y un progreso ético y requiere seriedad teórica.